

seguro en las cosas mas interesantes de la vida (1). Los perversos y viciosos son realmente hombres sin juicio, sin talento ni gusto, que pasan en la sociedad una vida inquieta y turbulenta, sin gozar en ella de los puros placeres, reservados á la sabiduría. En una palabra, todo nos prueba que si la felicidad puede ser atributo del hombre, toca esclusivamente al virtuoso, que siempre vive contento de sí mismo, y puede lisonjearse de complacer y agradar á sus semejantes.

(1) Algunos antiguos filósofos de la secta académica han reconocido una ligazon y conformidad entre el gusto de lo bello fisico y lo bello moral, y entre el amor del orden fisico y el amor de la virtud. Efectivamente, uno y otro dependen de la finura de los órganos, la cual constituye la sensibilidad. Debe presumirse, por lo comun, que el hombre que desatiende y descuida el orden en las cosas exteriores, ó es insensible á las bellezas físicas, no tiene una cabeza bien organizada. Todo en la naturaleza está ligado con imperceptibles eslabones. Es muy difícil que el buen gusto subsista bajo un gobierno despótico.

## CAPITULO VIII.

*De la Felicidad.*

LA moral, como hemos debido convencernos, es el arte de hacer al hombre feliz por medio del conocimiento y práctica de sus deberes. « No son, dice Marco Aurelio (1), ni la elocuencia, » ni las riquezas, ni los placeres, ni la gloria » las que hacen feliz al hombre, sino sus acciones. Para que estas sean buenas, es menester conocer el bien y el mal; es menester saber para que ha nacido el hombre, » y cuales son sus deberes... Ser feliz es formarse uno á sí mismo una suerte agradable, » la cual consiste en las buenas disposiciones » del alma, en la práctica del bien, en el amor » de la virtud (1) ».

La felicidad es un estado constante é inalterable, que no se puede hallar ni en lo que

(1) Véanse las reflexiones morales del Emperador Marco Aurelio, lib. 8. §. 1.

(2) Aristóteles, en sus libros morales dirigidos á Nicomaco, dice que *ser feliz, bien obrar, y vivir bien son una sola y misma cosa*,... que lo bueno, lo honesto y lo agradable están estrechamente unidos sin poder jamas hallarse separados. Ciceron ha dicho que *la vida feliz y dichosa es el objeto único de toda la filosofía. Omnis summa philosophie ad beatè vivendum refertur.* Ciceron, lib. 2. de Finibus. Inútil seria el hablar á los hombres de moral y virtud, si de ellas no les resultase el mayor bien: una virtud enteramente gratuita es una quimera poco seductora para los que apetecen y desean la felicidad por

se desea, ni en lo que nos falta, sino en lo que se posee. Los placeres son unas dichas momentáneas, que no producen la continuacion y permanencia necesarias á la felicidad: así los dones de la fortuna, la gloria, las ventajas que da la preocupacion, como que dependen del capricho de la suerte, ó del arbitrio de los hombres, no pueden dar al espíritu aquella consistencia de que depende su felicidad, ni desterrar las inquietudes que pueden perturbarle. Los placeres de los sentidos son todavía menos capaces de suministrarnos el contento y la seguridad del alma; por multiplicados que sean, siempre se debilitan prontamente, dejándonos sumergidos en la molesta languidez del fastidio. En una palabra, los objetos exteriores no pueden dar al hombre una felicidad continua, la cual es imposible tanto por la naturaleza del hombre como por la de las cosas (1).

En sí mismo, pues, debe el hombre establecer una felicidad inalterable; y la virtud sola puede producir en él, no una insensibilidad

---

impulso constante de su naturaleza. Platon define al filósofo *el amigo de la naturaleza, y pariente de la verdad*. Segun Aristóteles (lib. 1. cap. 1. de su moral) *todo arte y toda ciencia, como toda accion y proyecto, deben tener algun bien por objeto*.

(1) Plutarco dice que no los objetos exteriores, sino el natural, y las costumbres del hombre bien arregladas en su interior son el manantial vivo, y la fuente perenne de donde dimana todo el placer y el contento. *De virt. et vit.*

meláncolica y perjudicial, sino una actividad arreglada, que ocupe agradablemente el espíritu sin fatigarle ó causarle disgusto. Siendo la virtud una disposicion habitual de contribuir al bienestar de nuestros semejantes, y el hombre virtuoso el que pone en práctica y ejercita esta disposicion, se infiere que el hombre sociable no puede disfrutar una felicidad solitaria, y que su dicha depende del bien que hace á los otros.

Un poeta antiguo ha dicho con razon que *el hombre de bien dobla los días de su vida, porque es vivir dos veces gozar de la vida pasada*. ¡ Que cosa mas satisfactoria que vivir sin remordimiento, poder á cada instante repasar en su memoria el bien que se ha hecho á sus semejantes, y no hallar en su conducta sino objetos agradables de que aplaudirse! Toda la vida del hombre virtuoso y benéfico es para él una serie de imágenes deliciosas y risueñas pinturas. « Cuando se ha cultivado la razon, dice Ciceron, durante el curso de la vida, se encuentran maravillosos frutos en la vejez, y no solo estos frutos están siempre presentes hasta el último momento de la existencia (lo cual es siempre mucho por sí solo), sino que van acompañados de una alegría perpetua, que produce el testimonio de una buena conciencia, y la memoria de todos los bienes que hemos hecho » (1). Diógenes decia que *para el*

---

(1) *Exercitationes virtutum, que in omni aetate culte, cum multum diuque vixeris, mirificos offerunt fructus non solum*

*hombre de bien todos los días son de alegría y regocijo.*

Procurar al hombre una felicidad durable que nada puede alterar, y unir esta felicidad con la de aquellos con quienes vive, hé aquí el problema en que debe ocuparse la moral, y que se ha intentado resolver en esta obra. Nuestro designio ha sido probar que la verdadera felicidad consiste en el testimonio invariable de una buena conciencia, juez incorruptible establecido de continuo dentro de nosotros, para aplaudirnos del bien que hacemos, y cuyos decretos son confirmados por aquellos sobre quienes influyen nuestras acciones. *No hay*, dice Ciceron, *un teatro mayor para la virtud que la conciencia* (1). Quintiliano ha dicho despues que *la conciencia vale por mil testigos* (2).

¿Que poder sobre la tierra puede privar al hombre de bien del placer siempre nuevo de entrar satisfecho en su interior, de contemplar en él pacíficamente la armonía de su corazón, de sentir la reaccion de los corazones de sus semejantes y de ver el amor y el aprecio de sí

*quia nunquam deserunt, ne in extremo quidem tempore atatis, quamquam id maximum est, verum etiam quia conscientia bene actae vitae, multorum benefactorum recordatio, jucundissima est.* Cicero, de Senectute, cap. 3.

(1) *Nullum virtuti theatrum conscientia majus est.* Tuscul. 2. §. 26.

(2) *Conscientia mille testes.* Institut. Orator. lib. 5. cap. 11.

mismo, confirmados por los otros? Tal es la felicidad que la moral propone á todos los hombres, y en todos los estados de la vida; y á este bienestar permanente los aconseja que sacrifiquen sus ciegas pasiones, indiscretos caprichos y momentáneos placeres.

La moral, para tener una base invariable, debe establecerse sobre un principio evidentemente comun á todas las criaturas de la especie humana, inherente á su naturaleza, y móvil único de todas sus acciones. Este principio, como se ha hecho ver en otra parte, es el deseo de conservarse, de tener una existencia feliz, de hallarse bien en todos los momentos de nuestra permanencia sobre la tierra: este deseo siempre presente, siempre activo y constante en el hombre, es el que se designa con el nombre de *amor de sí mismo, de interes.*

La moral, para ser persuasiva, en vez de destruir ó sofocar este amor ó interes inseparable de nosotros y necesario á nuestra conservacion, debe guiarle, ilustrarle y robustecerle; porque faltaria á su objeto, si intentase impedir al hombre que se amase, que buscara su felicidad, y trabajara sobre sus intereses: antes bien ella debe mostrarle el modo con que debe amarse un ente racional y sociable, como conservarse, como merecer el aprecio y cariño de los otros; le enseñará cuales son los intereses á que debe dar oídos, y le hará distinguirlos de aquellos que debe sacrificar á intereses más

preciosos y sólidos. La moral es el arte de amarse verdaderamente el hombre á sí, viviendo con los hombres; la razon es el conocimiento del camino que conduce á la felicidad.

Por falta de reflexion, tienen los hombres la mayor dificultad y trabajo en conocer la ligazon de su interes personal con el interes general de los que les rodean. Esta ignorancia de nuestras relaciones trae consigo la ignorancia de todos los deberes de la vida. En el seno de las sociedades no se ven sino hombres solitarios á quienes no se les puede hacer concebir que se hacen odiosos y miserables en separar sus intereses del de los otros hombres necesarios á su felicidad. En consecuencia de esta ignorancia, el tirano no tiene intereses algunos comunes con su pueblo, á quien teme, y para quien es un objeto de horror. Los grandes se avergüenzan de confundir sus intereses con los del sencillo ciudadano á quien desprecian. Los magistrados, envanecidos con su autoridad judiciaria, solo se ocupan en los fútiles intereses de su vanidad. Los ministros de la religion, contentos con los derechos que han recibido del cielo, desdeñan emplearse en los fútiles intereses del resto de los mortales. Los militares pagados y favorecidos por el príncipe, nada tienen que los apegue y aficione á sus conciudadanos. Autorizado por la ley, el marido apenas se interesa en contribuir á la felicidad de su muger; esta, por su parte, cree que

que nada debe al déspota que la desatiende ó que la ultraja. El padre, dominado de su avaricia ó de sus placeres, olvida que es deudor de la educacion y bienestar á unos hijos que por su abandono ó sus rigores le desean la muerte. Los amos altivos y orgullosos tratan con dureza á sus criados, formando de ellos crueles enemigos. En fin, son muy raros los amigos sinceros y constantes, porque la sociedad está llena de hombres indiferentes que viven solitarios ó que se hacen una continua guerra. De esta infeliz division de intereses nacen los males públicos y particulares, las discordias, los robos, traiciones y perfidias, de que las sociedades civiles y domésticas son continuos teatros.

Hé aquí, sin duda, el porqué tantos moralistas han mirado con mucha razon el amor ciego de sí mismo y el interes personal como una disposicion odiosa y despreciable, sobre la cual seria imprudente y peligroso el fundar la moral. Hé aquí el porqué ciertos filósofos han pretendido que la virtud consistia en una lucha continua con una naturaleza esencialmente depravada. Así han creído que decir al hombre que se amase á sí mismo era excitarle á un amor exclusivo sin consideracion alguna al de los otros. En un palabra, han presumido que establecer los deberes de la moral en el amor de sí mismo, era soltar la rienda á todas las pasiones sugeridas por una naturaleza ciega é irracional.

Los moralistas que estimulan á los hombres á seguir sus pasiones, se asemejan á los médicos, que permiten á sus enfermos incurables satisfacer sus dañosos caprichos. Si algunos sofistas imprudentes han pretendido que el hombre, amándose á sí mismo, siguiendo su naturaleza, y consultando su interes, podia impunemente entregarse á sus pasiones, ellos se han engañado grosera y torpemente. La medicina, con la moral, bastaria á convencerlos que el que se ama verdaderamente, y procura una vida agradable, debe, por su mismo interes, resistir fuertemente á las inclinaciones claramente peligrosas. Será amarse á sí mismo no oponer remedios contra la fiebre ardiente que producen los excesos de la intemperancia, los ardores impúdicos, los ímpetus de la cólera, las mordeduras de la envidia, los delirios de la ambicion, los furoros del juego, y las congongas de la avariciá? ¿Será amarse verdaderamente á sí mismo, separar su corazon de los hombres con quienes nuestro interes y necesidades nós ligán, y sin cuya estimacion y cariño la vida seria desagradable? El egoista reconcentrado en sí mismo ¿podrá acaso lisongearse de que alguno se interese sinceramente en su suerte? El que solo se ama á sí mismo no es amado de nadie.

*Yo no puedo, dice Marco-Aurelio, apreciar una felicidad que solo se ha hecho para mí. Un ser sociable no puede hacerse feliz por sí solo;*

ha menester de los demas hombres, y tiene necesidad de comunicarles el bienestar de que su alma disfruta y comparte con ellos. Con mucha razon ha dicho uno: *Si quereis ser feliz enteramente solo, jamas lo conseguiréis; todo el mundo os disputará vuestra felicidad: si quereis que el mundo sea feliz juntamente con vos, cada cual os ayudará á serlo; si quereis ser feliz con seguridad, es menester serlo con inocencia, porque no hay felicidad cierta y constante sino la de la virtud (1).*

Aristóteles compara al hombre virtuoso con un buen músico que escucha con placer los sonidos armónicos del instrumento que toca, y que se complace y deleita aun cuando se halle enteramente solo. El hombre de bien es el único que sabe el modo de amarse á sí mismo, el que conoce su verdadero interes, y distingue los impulsos de la naturaleza que debe seguir ó refrenar; en fin, él solo tiene un amor propio legítimo, un derecho fundado sobre su propia estimacion, porque le tiene á la estimacion de los otros. No condenemos, pues, este justo deseo: no le confundamos con el orgullo y vanidad. Ningun hombre puede ser estimado de los otros, si no se respeta á sí mismo. La renuncia de la estimacion pública es un manantial fecundo de vicios y de crímenes. La conciencia ó el conocimiento de su propio valor, no es vituperable,

(1) *Lettre d'une mère à son fils sur la vraie gloire.* Tom. 2. du Recueil du R. P. Desmolets, pag. 295. 296.

sino cuando es injusta, ó cuando desatiende el valor de los demas. « El amor á la buena opinion es alma de la sociedad, y une á los unos con los otros. Yo necesito de vuestra aprobacion, vosotros de la mia.... Tan honesto es ser uno orgulloso consigo, como ridículo el serlo con los otros (1) ».

Privado por la injusticia del lugar que sabe que merece, el hombre de bien no se envelece por esto, ni deja de apreciarse á sí mismo; sino que conoce su propia dignidad, y le consuela la justicia de sus derechos. Su felicidad está en sí, y allí la encuentra siempre. El corazon del hombre de bien es un asilo en que goza de una felicidad inmutable y segura.

Esta felicidad no es ideal y quimérica; es verdadera, y su existencia es demostrada para todo hombre que se complazca en entrar algunas veces dentro de sí. ¿ Hay un mortal sobre la tierra que no se lisongee siempre que ha hecho una accion virtuosa? ¿ Quien no ha sentido dilatarse su corazon al consolar á un infeliz? ¿ Quien no ha contemplado con satisfaccion la imágen de la felicidad impresa en el rostro de los que ha socorrido con sus beneficios? ¿ Hay alguno que no se haya dado el parabien de su generosidad, aun cuando la ingratitud le haya rehusado el premio del agradecimiento? En fin, ¿ hay algun hombre que no haya experimentado

(1) Ibidem, Pág. 296. y 311.

un efecto de complacencia, un duplicado cariño de sí mismo, cuando ha hecho algun sacrificio á la virtud? Al contemplar entónces la elacion de su alma, ¿ no es mucho mas dichoso que un héroe que repasa en su imaginacion sus victorias? *El sabio*, dice Horacio, *solo á Júpiter reconoce por superior; él es rico, libre, bello, colmado de honores, y en suma, superior á los Reyes* (1). Mario ¿ no se hallaba contento en medio de sus desgracias, cuando un Romano le vió sentado sobre las ruinas de Cartago?

No se diga, pues, que la virtud exige dolorosos sacrificios. La justa estimacion de sí mismo, los aplausos legítimos de la conciencia y la idea de su grandeza y dignidad ¿ no son por sí mismas recompensas bastante grandes para indemnizar al hombre de bien de las vanidades, fruslerías y fútiles ventajas que sacrifica al placer de ser constantemente estimado de sí mismo y de los otros?

Los motivos naturales del amor propio y del interes bien entendido ¿ no son mas ciertos, poderosos y dignos del hombre de bien, que los motivos imaginarios de una moral entusiasta, siempre admirada y jamas puesta en práctica? ¿ Se necesita mas para excitar á los hombres á la virtud, que hacerles conocer que el aprecio, el cariño, la ternura y felicidad interior la

(1) *Ad summam, sapiens uno minor est Jove : dives, Liber, honoratus, pulcher, rex denique regum.*  
Horat. Epist. 1. lib. 1. vers. 106 y 107.

acompañan? Para inspirarles el horror al vicio ¿qué motivos hay ni mas poderosos ni urgentes que los remordimientos, las enfermedades y las innumerables desgracias é infelicidades con que la naturaleza, á falta de leyes, castiga cierta é infaliblemente los extravíos de los pueblos y de los individuos?

Por grande que sea la depravacion de las costumbres, ¿hay una sola virtud que no sea aplaudida y respetada por los mismos malvados? ¿Hay un vicio que en otros no les parezca incómodo y aborrecible? El dictámen conforme de todos los habitantes de la tierra, buenos ó malos, prudentes ó insensatos, justos ó injustos, clama á gritos que la virtud es el supremo bien, y el vicio un mal aborrecido de todos. Todos los vicios son enemigos entre sí: la sociedad de los malvados se compone de miembros que se incomodan unos á otros de continuo.

¿Podrá decirse que los decretos con que la naturaleza premia la virtud y castiga á los transgresores de la moral, son suposiciones imaginarias? ¿no los vemos ejecutados á nuestra vista del modo mas claro y evidente? Segun estos decretos irrevocables, vemos á los pueblos justos y pacíficos gozar en dulce tranquilidad de prosperidad envidiable; mientras los ambiciosos espian con largas miserias los males que se hacen á sí mismos y á otros. Vemos á los soberanos rectos y vigilantes gustar el dulce placer de ser amados de súbditos felices; al

paso que miramos á los tiranos trémulos y agitados sobre las ruinas de las naciones desoladas. Vemos á los grandes y ricos benéficos disfrutar del respeto y amor de aquellos á quienes protege su poder ó consuelan sus beneficios, cuando el odioso cortesano no halla otro consuelo del aborrecimiento público que su insolente vanidad, ó cuando unos codiciosos herederos esperan con impaciencia la muerte del avaro que les retarda su posesion y goce. Vemos reinar la abundancia y concordia entre los esposos virtuosos, y en casa del padre de familia frugal y benéfico, siendo así que no hallamos mas que divisiones y desórdenes entre esos esposos mal avenidos, y gefes de familias que desconocen todo orden y economía. Vemos, en fin, las buenas costumbres, la templanza y la virtud recompensadas con la salud, el vigor y la estimacion pública, y la disolucion cruelmente castigada con largas enfermedades, y con el universal desprecio. *Los malvados, dice Plutarco, no necesitan del castigo de Dios ni de los hombres; porque su vida corrompida y atormentada es para ellos un castigo continuo.*

No se diga, pues, que la naturaleza no tiene recompensas suficientes para los observadores de sus leyes, ni penas para los que las violan. No hay sobre la tierra virtud que no tenga su premio, ni vicios y locuras que no sean severamente castigadas. La moral es la ciencia de la felicidad para todos los hombres, ya se los

considere en su totalidad, ya divididos en sociedades particulares, en alianzas ó en familias, ó ya, en fin, con relacion al bienestar de los individuos.

La felicidad de los pueblos depende de una sabia política, la cual, como hemos probado, no es mas que la moral aplicada al gobierno de los imperios. Un gobierno justo hace felices á los pueblos; ninguno bajo él siente el azote de la opresion; allí cada uno trabaja en paz para su subsistencia y la de su familia; la tierra, bien cultivada, produce la abundancia; la industria, desembarazada de las cadenas del cruel exactor, toma un libre vuelo; el comercio florece en el seno de la libertad; y la poblacion crece siempre á proporcion de la abundancia y la facilidad de subsistir. Una patria que hace á sus hijos felices, halla en ellos defensores valientes, prontos á sacrificar sus vidas y sus haciendas por la felicidad pública, de que participa cada uno de los ciudadanos.

La felicidad de los reyes depende de su fidelidad en cumplir con los deberes de su estado. Un príncipe firmemente adicto á la justicia, la hace reinar sobre su pueblo; este mira á su gefe como á un dios tutelar, como el autor de todos los beneficios que disfruta; protegido por su beneficencia, el súbdito trabaja con ardor para sí y su señor, cuyos designios sabe que tienen siempre el bien general por objeto. ¿ Que falta, pues, á la gloria, al poder, á la seguridad

y al contento de un soberano que ve en todos sus súbditos unos hijos reunidos en intereses con él, y prontos á emprenderlo todo para contribuir á la felicidad de una familia cuyo gefe ha sabido ganarse todos los corazones? ¿ Hay sobre la tierra felicidad mayor que la de un monarca á quien sus virtudes dan derecho al tierno y filial cariño de su pueblo, á la veneracion de sus vecinos, y á la admiracion de la mas remota posteridad? La felicidad de un buen rey es la mayor de las felicidades, porque puede hacer un gran número de felices.

La felicidad de los grandes y ricos consiste en la facultad de alargar una mano piadosa y benéfica á los que se ven afligidos; esta felicidad es nula para ellos cuando no hacen de su poder el uso que pudiera hacerlos felices. El crédito, el poder y las riquezas son nada, si en nada contribuyen á la felicidad de los que poseen estos bienes; y para que contribuyan á esta felicidad es menester que hagan á otros felices.

La felicidad de las familias pende de la puntualidad de sus gefes en el cumplimiento de sus obligaciones; los esposos bien unidos, observándolas con exactitud, concurren á educar bien á sus hijos, los cuales serán un dia apoyos y consoladores de su vejez: sus ejemplos y beneficios identifican con su familia á los criados fieles, que por este medio se transforman en amigos y cooperadores de sus empresas. *Pocos*



*hombres, dice Plutarco, son llamados para gobernar ciudades é imperios; mas cada cual está obligado á gobernar sabia y prudentemente su familia y su casa.*

La felicidad del pobre, á quien á pesar de sus rigores la naturaleza no le ha privado de ella, consiste en los medios de subsistir con un moderado trabajo; este trabajo, el cual le parece un mal tan grande á la ociosa opulencia, es para él un bien real y verdadero; el hábito le acostumbra á él; la necesidad se le hace gustoso, y le exime de la multitud de enfermedades, deseos, necesidades é inquietudes que molestan y fatigan al rico. El pobre; no es ciertamente mas feliz que el déspota, ó que el tirano perseguido siempre del terror hasta en lo interior de su serrallo? Giges, rey de Lydia, embriagado de su poder y sus riquezas, consultó al oráculo para saber si existia en el mundo un mortal mas feliz; y el oráculo le dijo, que un labrador de Arcadia (1).

La felicidad del sabio y del literato consiste en el goce de los conocimientos útiles de que su alma se halla enriquecida: el estudio es para ellos un placer habitual que los preserva de las quimeras, que son objeto del amor del vulgo corrompido. Además una vida agradablemente ocupada los dispensa de recurrir á los vicios y locuras infinitas, que son los recursos

(1) *Valer. Maxim. Memorabil. lib. 7. cap. 1. art. 2.*

ordinarios de los que no han cultivado su espíritu. Nada iguala á los placeres que el retiro produce al que ha contraído el hábito de conversar consigo; nada falta á su felicidad y á la consideracion merecida por sus talentos, si posee con ellos una alma virtuosa, sin la cual pierden los talentos su valor. Los estudios del sabio, y los frutos de sus meditaciones deben mostrarse en sus costumbres: los mas instruidos de los hombres deben ser los mas humanos, los mejores y mas honestos; de este modo gozarán del respeto y la gloria, en que colocan toda su felicidad. Menandro ha dicho que « las costumbres del que nos habla nos persuaden mas que sus razonamientos ».

En fin, la felicidad del hombre que vive en el mundo consiste en gozar de los placeres honestos que la sociedad le presenta; en merecer por su complacencia, atenciones y miramientos la benevolencia y respeto de las personas que el destino le acerca; en gustar, con un pequeño número de amigos escogidos, las dulzuras de la confianza; en practicar dentro de su esfera los deberes de su estado; en complacer á los otros, á fin de lograr el contento, que fue y será siempre la recompensa de la virtud. La ignorancia y el menosprecio de las reglas de la moral son las causas de la mayor parte de las desgracias de la tierra. Por todas partes se ven hombres discordes y divididos entre sí por el interes personal mal combinado, y casi ente-